

**LOS AZUCARILLOS  
DEL CAFÉ BRETÓN**

**TEXTOS & TAZAS**

Introducción de JOSÉ IGNACIO FORONDA

Prólogo de JUAN BONILLA

Epílogo de BERNARDO SÁNCHEZ

## ÍNDICE DE TEXTOS

PRÓLOGO. UN CAFÉ CON LECHE, CORTITO DE CAFÉ,  
CON LA LECHE TEMPLADA Y UN MILLÓN  
DE AZUCARILLOS... Spaziale S9 DSP, 7

LOS CAFÉS. Juan Bonilla, 17

Constantino Cavafis (traducción de Ramón Irigoyen), 25

S. Mendoza Patero, 27

Alfonso Rubio, 29

J. Weissmuller, 31

Alfonso Martínez Galilea, 32

José I. Foronda, 35

José Ramo, 37

Luis Martínez de Mingo, 39

Helisena, 40

Alcestes de Gnido, 41

Attilio Bertolucci

(traducción de Blanca Martín y Francis Cillero), 43

Belén Gopegui, 46

José Antonio Blanco, 47

Luis Alberto de Cuenca, 50

Paco Gil, 51

Francis Quintana, 55

Desiderio C. Morga, 57  
Francis Cillero, 59  
Emilio Blaxqi, 60  
Raúl Eguizábal, 63  
Santiago Tena García Noreña, 64  
José Esteban, 65  
Roger Wolfe, 69  
Armando Buscarini, 70  
José Luis García Martín, 73  
Víctor Botas, 75  
Martín López-Vega, 76  
Roberto Iglesias, 77  
Ángel Compairé, 80  
Ramón Gómez de la Serna, 81  
Julio Torri, 84  
Paulino Lorenzo, 87  
Gilberto Owen, 91  
Stanislaw Jerzy Lec  
(traducción de Emilio Quintana y Anna Luzny), 93  
Eduardo Bernabéu Torroba, 94  
Luis Brox III, 95  
Bernardo Sánchez, 97  
Javier Almuzara, 99  
Joan Alcover (diversión de AMG), 103  
Baldomero Fernández Moreno, 106  
Elías del Río, 107  
Ramón Gómez de la Serna, 108  
Javier Salvago, 109  
R. Sánchez Mazas, 115  
Enrique Banchs, 117

Carlos Martínez Aguirre, 118  
    Andrés Neuman, 121  
    Eduardo Jordá, 122  
    Óscar Hahn, 123  
    Roberto Bolaño, 125  
    Juan Manuel Bonet, 126  
    Antonio Carvajal, 127  
Pablo Martínez Zarracina, 129  
Orlando González Esteva, 130  
    Regino Boti, 131  
    Luis García Montero, 132  
    Marcelino del Río, 133  
    Francis Quintana, 135  
    Eduardo Halfon, 136  
    Rafael Pérez Foncea, 137  
    Antonio Cisneros, 140  
    Adrián Pérez Castillo, 141  
    José Luis Pérez Pastor, 142  
    Antonio Alfaro, 143  
    Sonia San Román, 146  
    Enrique Cabezón, 147  
    Inaxio Goldaracena, 148  
    María José Marrodán, 151  
    Gabriela Collado, 152  
    Antonio Lombillo, 153  
    José Luis Cuerda, 155

EPÍLOGO.

PIERRE MENARD, AUTOR DEL CAFÉ BRETÓN.

Bernardo Sánchez, 157



Olga Pérez Berrocal

## ÍNDICE DE OBRA GRÁFICA

- Mariano Espinosa, 1  
Mauro Entrialgo, 6  
Víctor Aparicio, Coyote, 16  
Aitor Lafuente Benejam, 24  
Julio Hontana, 26  
Rábanos, 30  
Rafael Amilburu, 33  
Martín Olmos, 34  
Emilio Blaxqi, 36  
Pedro Espinosa, 38  
Luis Ángel Burgos, 42  
Balanza, 44-45  
Fournier, 48-49  
Alberto Martínez Aguilar, 52-53  
Octavio Colis, 54  
Julio Galian, 56  
Valenti Gomez-Oliver, 58  
Vigoa, 61  
Miguel Zurbano, 62  
Judith Sáenz De Tejada, 66-67  
A. V. Grela, 68  
Amalia Lanza, 71

Ayarza, 72  
Miguel Gallardo, 74  
Ángel Compaire, 78-79  
Armando Marín, 82-83  
Roberto Flores, 85  
Agustín Calvo Galán, 86  
Dis Berlin, 88-89  
Sinsal, 90  
Pablo Remiro, 92  
Gloria Sainz, 96  
Angulo, 98  
José Urizar, 100-101  
M. Cámara, 102  
Jesús Infante, 104-105  
Pepe Pereza, 110-110  
Publifiel, 112-113  
Tasio Uzqueda, 114  
Ruben Bergasa, 116  
Lema, 119  
Óscar Ortega, 120  
Manuel Llorente, 124  
Jorge Elías, 128  
Kb, 134  
Colo, 138-139  
Tito Inchaurrealde, 144-145  
Peluso Corso, 149  
Pablo Casares, 150  
José Luis Cuerda, 154

Octavio Colis, 156  
Olga Pérez Berrocal, 164  
Javier de Blas, 170  
Diego, 172



MAURO  
2022

UN CAFÉ CON LECHE,  
CORTITO DE CAFÉ,  
CON LA LECHE TEMPLADA  
Y UN MILLÓN  
DE AZUCARILLOS...

En el último lustro del siglo pasado, Logroño había dejado de ser ese lugar áspero y oscuro que cantaron los de Obras Públicas y vivía un singular hervor cultural. Esa efervescencia contrastaba con las flores raras que surgieron en los ochenta, pero ambas décadas compartían un espacio: todo lo importante sucedía en los bares.

Mientras te preparo café, se me ocurren algunas causas de tan singular ebullición. Logroño había sufrido una importante actualización hostelera con la desaparición de las pintorescas tascas y las singulares bodeguillas del casco viejo y su sustitución por estruendosos garitos de fin de semana, y también con la creación de nuevas zonas de jolgorio nocturno como la plaza del Mercado o al asentamiento de esta calle, Bretón de los Herreros, como un paseo de cafeterías. Pero además, la ciudad había sido testigo de una significativa renovación cultural, fruto tanto de la implantación de

la Universidad de La Rioja, y la menor fuga de los jóvenes egresados de los institutos de la ciudad y los alrededores, como de la madurez creativa de las promociones crecidas durante la Transición o poco después. Esa renovación podría verse como una consecuencia de la semilla que dejaron algunas iniciativas culturales abonadas con dinero público, principalmente, que vieron la luz en los 80 y en los 90. Me refiero a revistas como *Calle Mayor* o *Logroño Ciudad*, que dieron pie a publicaciones como *EnContraste*, *Letrina Literaria*, *Fábula*; a proyectos como la Biblioteca Riojana o las colecciones Cuadernos de la Selva Profunda (de poesía) o La Ciudad y las Sierras (de relatos) ambas de AMG Editor; o al suplemento «Imagina», del diario *La Rioja* (heredero modernizado de «La Ventana Cultural»). Y no quisiera olvidar otros agentes, como la oferta del Teatro Bretón, con sus festivales de otoño y marionetas, y sus ciclos de flamenco y jazz, y a eventos como Actual (heredero funcional del Iberpop, que entonces abría sus escenarios también a la literatura).

No sé si me explico, pero la ciudad hervía, y yo estaba tras la barra del Bretón, haciendo café para todos los que celebraban esas iniciativas.

Desde finales de los años 80 y como consecuencia del recorte dado a buena parte de las ayudas públicas para la promoción cultural, por el gobierno del PP, la iniciativa privada comenzó a significarse. Y al frente de esas iniciativas estaba este café, el Bretón, que en 1993 fundó el Premio Literario Café Bretón & Pacharán La Navarra.

No tardaron otros bares en seguir nuestro ejemplo: el Café Picasso (con su premio de pintura), el Pasarena (con su teatro de bolsillo), el Café de La Luna (con sus ciclos de cuentacuentos o sus recitales de poesía), pero nada queda ya de aquellas iniciativas. Hoy en el Café Bretón todavía estamos con los azucarillos literarios, con el premio de narración (ahora con Bodegas Olarra y reconvertido en beca literaria para obras de no ficción), con un festival de cortos... No es poco para ser un café. Aunque sé que me adora, porque sin mí no hay nada, a Colo Cortés le gusta presumir de ese trofeo de ahí: el Premio Nacional de Hostelería 2010 como Empresa Destacada en la Promoción de la Cultura Española.

Pero a lo que iba: entonces todo lo importante pasaba en los bares, porque entonces, en los bares, lo importante no eran el café y la copa, el vino o el pincho. Lo que tenía valor, lo que tenía sentido, no lo decía el paladar o el estómago (eso, en todo caso, tenía precio). Lo que tenía sentido, lo que tenía valor, llamaba a la cabeza, entraba al corazón.

LO RECUERDO MÁS O MENOS ASÍ: una tarde otoñal de 1994 llegó el Poty al Bretón. La primera vez que le vi por aquí, lo echaron del bar. La segunda vez, le colocó a Colo un anuncio para la revista *Calle Mayor*. Luego, unos cuantos anuncios después, lo contrató de camarero. Me trabajó más de un año, lo conozco bien. Ese día le brillaban los ojos como

## LOS CAFÉS

Es inevitable convocar a la nostalgia. Y no solo porque hayan derribado el Zurich de Barcelona, donde tantas horas gastó mi adolescencia antes de que una hermosa modelo copiara en sus espejos su figura felina para una sesión de fotos que sería el último acto público que se celebrara en el interior de aquel Café —con mayúscula, sí, como proponía Ramón que lo acogiese la Academia—, ni tampoco porque proliferen esas cafeterías —una de las pocas palabras que le hemos infligido al idioma inglés— con nombres italianos en los que te pueden servir desde una tapa de espaguetis a un bote de refresco isotónico. Es inevitable convocar a la nostalgia porque vamos a hablar de cosas que se mueren según todos los indicios, apoyados en esas fantasmagorías modernas, esas supersticiones pseudo-científicas que son las estadísticas. La gente cada vez toma menos azúcar y cada vez lee menos poesía: la sacarina y los eslóganes publicitarios —que no dejan de pertenecer a un antiguo género poético: el ditirambo— nos abruman.

Cada vez hay menos cafés donde poder depositar nuestro cansancio durante unas horas, abrir un libro y zambullirse en sus aguas con el rumor de las conversaciones imitando al del mar. Hace solo una semana paré en A Brasileira —o *melhor café do mundo*— para comprobar si de veras el lema se correspondía con el café. Atestado de turistas que, como yo, habían decidido recalar en uno de los lugares preferidos de Pessoa, me resultó imposible conseguirlo, lo cual no es nada grave comparado al hecho de que los habituales de A Brasileira se han visto desplazados por la avalancha extranjera que acude allí, como yo, solo para poder decir que ha estado allí. Si Pessoa viviera no podría sentarse en una mesa de su Café predilecto porque todas estarían ocupadas por turistas, a los que, por cierto, me han dicho que les venden achicoria que ellos paladean con gesto de decir: ¡hum, es verdad, es el mejor café del mundo!

Desde que abuso de la razón, la idea de un Café siempre ha estado asociada en mi interior a la de una librería. En New York y en Barcelona y en Múnich se habilitan ahora en los pisos altos de las grandes librerías —maravillosos monstruos que dominan todas las lenguas y por cuyas venas se pasean los compradores con carritos similares a los que se utilizan en los supermercados— espacios destinados a servir café y pastitas con que acompañar al primer vistazo que uno le dé a los libros recién adquiridos. Pero, no podía ocurrir de otra manera, mucha gente queda directamente en el último piso de esos edificios y se olvida de distraerse

LOS AZUCARILLOS  
DEL CAFÉ BRETON



Aitor Lafuente Benciam

## UN VIEJO

**E**n la parte interior de un café bullicioso,  
inclinado sobre la mesa, está sentado un viejo,  
con un periódico delante, sin compañía.

Y en el desdén de la vejez toda miserias  
piensa en lo poco que gozó los años  
en que tuvo vigor, verbo, belleza.

Sabe que ha envejecido mucho; lo siente, lo está viendo.  
Y sin embargo el tiempo en que fue joven le parece  
como si fuera ayer. Qué breve lapso, qué breve lapso.

Y piensa en cómo la Cordura le ha engañado;  
y cómo se fiaba siempre de ella —¡qué locura!—,  
de la mentirosa que decía: «Mañana. Tienes mucho tiempo».

Recuerda impulsos que reprimía; y cuánta  
dicha sacrificaba. De su descerebrada sensatez  
cada ocasión perdida ahora se burla.

... Mas de tanto pensar y recordar  
se ha mareado el viejo. Y se adormece  
reclinado en la mesa del café.

Constantino Cavafis  
Traducción de Ramón Irigoyen



Winstona

## LOS POSOS DEL CAFÉ

No hace mucho tiempo yo andaba parado.  
NINEM solo daba el zodiaco del mes.  
Malvivía preso del propio fracaso,  
fabricando sueños sin testa ni pies.

Iba deshaciendo, por la parte vieja,  
toda la madeja de mi poca fe,  
cuando vi un letrero dentro de una reja:  
«Se leen los posos». No me lo pensé.

Era un sitio húmedo, oscuro y mugriento.  
Por un ventanuco se colaba un haz  
que daba a la estancia, como un antifaz,  
la luz que ocultaba su mundo siniestro.

Sentada a una mesa, como una mortaja,  
estaba una vieja desde ha mucho tiempo.  
Con un dedo agudo como una navaja  
me indicó una silla, y por poco tiempo.

La bruja leía mi taza vacía.  
Y en los posos negros veía mi suerte.  
Sus ojos ardían, de un rojo tan fuerte,  
que miedo me daba seguir su vaivén.